

Los primeros meses del exilio de 1939: Tensiones entre dirigentes socialistas ¹

JAVIER RUBIO
Investigador. París

Un tema poco conocido

Hay un notorio, y curioso, desequilibrio en la atención que ha merecido en los historiadores de la gran guerra civil española, la de 1936-1939, el período precedente y el subsiguiente a los acontecimientos militares de la misma.

En efecto, mientras los años de la Segunda República y, aún más concretamente, los meses inmediatamente anteriores al levantamiento militar constituyen habitualmente un obligado preámbulo del estudio de la guerra civil, es muy escasa la atención que se concede al período subsecuente, al que tiene lugar después del término de las operaciones militares. Con frecuencia las historias de nuestra última contienda civil se detienen súbitamente al término de la resistencia republicana armada organizada en la segunda semana de la primavera de 1939. Y cuando así lo hacen se limitan sus autores a presentar unos

¹ Este artículo es una parte, hasta ahora inédita, de la comunicación presentada por su autor bajo el título *Nuevas precisiones sobre la inmediata postguerra civil: el exilio en 1939-1940* al Coloquio Internacional de la Guerra Civil de España organizado por el Centro de Estudios Históricos Internacionales, de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona, que tuvo lugar en esta ciudad del 19 al 21 de abril de 1979. Ahora se han añadido la parte introductoria y, naturalmente, las breves referencias y comentarios bibliográficos que se hacen en las notas 2 a 4 sobre publicaciones contemporáneas o posteriores al mencionado coloquio.



breves comentarios, y unas cuantas cifras o datos, sobre los campos de concentración en Francia o los organismos de ayuda que crean los propios exiliados; comentarios e informaciones que son siempre insuficientes, y casi siempre infiables por los numerosos errores que contienen, para dar una visión de las principales coordenadas sociales y políticas de la postguerra civil en el bando vencido.

Pues entendemos que en la contienda civil de los años treinta, que tanta atracción ha producido a tantos historiadores, si no puede delimitarse históricamente su origen de un modo rígido a partir del 18 de julio de 1936, como casi todos los autores han comprendido lúcidamente, tampoco puede terminarse abruptamente el 1 de abril de 1939, al fin de las operaciones militares propiamente dichas. Son numerosas las cuestiones que surgen y se debaten durante la contienda que no pueden ser adecuadamente aprehendidas, ni enjuiciadas, sin un mínimo conocimiento de lo que sucede a la España republicana que se exilia al término de las hostilidades. En alguna ocasión hemos señalado, y repetimos ahora por ser un ejemplo de gran relieve histórico, que las dificultades y tensiones políticas entre partidos y dirigentes de la España republicana —tensiones y problemas que tanta repercusión tuvieron en el resultado de la contienda— no pueden ser cabalmente evaluados en su alcance y en sus consecuencias más que a través de un cuidadoso examen de la actuación de los más importantes dirigentes políticos que pasan al otro lado de los Pirineos, o del Océano, en 1939.

En realidad no se trata solamente de que los historiadores de la guerra civil de 1936-1939 ignoren, o apenas se ocupen, de la vida política de los vencidos en la inmediata postguerra, se trata también de que los autores, ciertamente mucho menos numerosos, que se han ocupado específicamente del exilio producido por la contienda, tampoco han presentado un panorama de estos primeros tiempos de la expatriación que sea mínimamente aceptable. Los primeros años del exilio, y aún más concretamente los primeros meses, que tienen no poca incidencia en las batallas políticas que se producen en torno a la eclosión de las instituciones republicanas con el triunfo de los aliados en la segunda guerra mundial, esos primeros tiempos de actividades políticas de la expatriación —decimos— son prácticamente ignorados, o pasados por encima, incluso por los propios autores que han adoptado como centro de su atención las vicisitudes de los republicanos de la diáspora.

Cuando en 1977, es decir muchos años después de terminada la guerra civil, publicamos nosotros una obra sobre el exilio, ya tuvimos que señalar la gran insuficiencia de las contadas obras publicadas hasta entonces que trataban de estudiar esta temática con alguna perspectiva histórica, y posteriormente hubimos de volver a llamar la atención, aún más concretamente, sobre el especial desconocimiento de las actividades de los líderes políticos, o de las penalidades

de la base del exilio, en los primeros tiempos de la expatriación². Hoy no podemos todavía modificar este juicio, pues en verdad durante los últimos años las obras que representan alguna aportación historiográfica para el estudio de este interesante capítulo de nuestra historia contemporánea son en verdad muy pocas y de muy modesta valía³.

En estas circunstancias no creemos que sea impertinente centrar nuevamente nuestra atención en esa, aún tan poco conocida, postguerra civil de los vencidos en el primer año de su largo y penoso exilio. Bien entendido que no tratamos en este breve trabajo de dar una visión global —ni aun siquiera de las actividades políticas— de tan interesante periodo del exilio, tarea que, en buena parte, hemos llevado a cabo en la obra que hemos citado en primer lugar. Lo que constituye nuestro empeño actual es tan sólo el tratar de arrojar alguna nueva luz sobre una de las facetas más representativas y todavía desconocidas de dicho período. Concretamente sobre las tensiones que surgen entre los principales dirigentes del partido socialista.

1. Las disensiones del tiempo de guerra traspasan las fronteras

Habiendo sido los socialistas los que presidieron los gobiernos más impor-

² Nos referimos a *La emigración de la guerra civil de 1936-1939*, 3 vols., Editorial San Martín, Madrid, 1977, y al artículo «Negrín y Aguirre a la greña. París 1939: una polémica desconocida», en *Historia 16*, Nº 45, Madrid, enero 1980.

³ Entre las escasas obras publicadas en estos últimos cinco años sobre esta temática sólo cabe retener, por su entidad o su aparente respetabilidad, tres: una editada en España, otra en Francia y la tercera en los Estados Unidos, y ninguna de ellas permite modificar el juicio que acabamos de exponer. La primera, quizá la más interesante, es la de Amaro del Rosal titulada *Historia de la UGT de España en la emigración* (vol. 1, Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1978). Supone un encomiable esfuerzo de aportar nuevas informaciones, aunque el balance historiográfico de lo publicado en este primer volumen —el único hasta ahora— es bastante modesto, pues independientemente de que su objetivo es limitado, el narrar las vicisitudes en el exilio de tan sólo una central sindical, su desarrollo tiene un exceso de partidismo y apasionamiento —algo sorprendente para un autor que, aunque implicado en lo narrado, escribe a cuarenta años de distancia— y una notoria penuria de documentación primaria de interés. La obra publicada en Francia a la que nos hemos referido es *Vous avez la mémoire courte...* (Editions du Chiendent, Perpignan, 1981), de René Grandó, Jacques Queralt y Xavier Febrés. Su objetivo es también limitado, pues se centra en la odisea de los refugiados republicanos españoles en los campos de concentración franceses, a cuyo efecto presenta un conjunto de interesantes informaciones de periódicos y de fotografías de la época. Sin embargo, no hay un análisis serio, ni sistemático, de esta penosa fase del exilio y los datos y cifras que presenta —siempre de segunda mano— son con frecuencia erróneos, por lo que su balance propiamente historiográfico es muy exiguo. La tercera obra, la publicada en los Estados Unidos, es la de Louis Stein *Beyond death and exile* (Harvard University Press, 1979). Su objeto es historiar el exilio de los republicanos españoles en Francia desde que se produce la gran oleada de febrero de 1939 hasta el fracaso final de sus esperanzas políticas a mediados de los años 1950. Con 300 páginas, nueve de éstas dedicadas a bibliografía, y más de 700 notas de referencia, el libro de Stein está desgraciadamente muy lejos de responder a lo que su aparente aparato crítico hace pensar. La aportación original es tan escasa y el número de errores y de juicios precipitados es tan elevado que su balance científico resulta verdaderamente lamentable. En verdad se trata de una obra —que algún día convendría radiografiar críticamente— que resulta difícil comprender cómo ha podido ser publicada por una editorial universitaria tan prestigiosa como la de Harvard.

tantes de la España republicana durante la guerra civil —tan sólo en duración representan más del 90%—, era en cierta manera inevitable que tras el término tan infortunado de la misma fuera la conducta de los socialistas, o a lo menos la de algunos de sus más destacados líderes, origen de tensiones y objeto de ásperas críticas políticas en el bando derrotado.

Así ocurrió en realidad, pues no fueron escasas las críticas que desde los demás sectores políticos alineados con la España vencida, fueron republicanos, anarco-sindicalistas o incluso comunistas, llovieron en uno u otro momento sobre los principales dirigentes socialistas. Ahora bien, lo que constituye el rasgo más original y peculiar de esta triste fase de recriminaciones es que son los propios líderes socialistas más destacados los que protagonizan las más importantes y aireadas discusiones de los primeros tiempos del exilio. Las acusaciones y las polémicas más acres van a tener lugar cabalmente entre correligionarios.

La razón de esta íntima guerra civil de la postguerra civil no es difícil de hallar. Las crisis políticas más importantes del Gobierno republicano, desde que a primeros de septiembre de 1936 fue promovido Largo Caballero a la presidencia del Consejo de Ministros, fueron dos: la que a mediados de mayo de 1937 implica la salida del Gobierno, un tanto violenta, del todavía entonces presidente de la minoría socialista del Congreso y secretario de la UGT, y la que once meses después, a principios de 1938, supone la salida —no menos violenta— de la importantísima cartera de Defensa Nacional, y del Gobierno, de Indalecio Prieto.

Estas dos grandes crisis configuran el triángulo de personajes socialistas, Largo Caballero, Prieto y Negrín, que sucesivamente resultarán perdedores, pero guardando cada uno de ellos respecto a los siguientes —que momentáneamente les vencen— un profundo resentimiento que envenenaría las primeras manifestaciones de la vida política en el exilio.

2. El enfrentamiento máximo: Prieto contra Negrín

De estas disensiones de postguerra la más importante, tanto por su impacto en la época como por sus repercusiones a largo plazo, fue, sin duda, la que enfrentó a Prieto con Negrín.

Una serie de circunstancias dieron singular peso y trascendencia a este enfrentamiento. En primer lugar, el acontecimiento originario de esta enemistad, la crisis de abril de 1938, estaba entonces mucho más próximo que el que había motivado el malquistamiento entre Largo Caballero y los socialistas que quedaron en el Gobierno en mayo de 1937. En segundo lugar, Prieto tenía una capacidad polémica muy superior a la de Largo Caballero, y además en los

meses inmediatos al final de la guerra civil se hallaban mucho menos desgastado que este último, ya que el famoso exministro de Defensa Nacional había sabido encajar más hábilmente su derrota, a lo que —justo es también recordar— había contribuido también su temporal alejamiento de España en los últimos meses de la contienda. Pero sobre todo es la fortuita toma de control del yate «Vita», con su famoso tesoro, el que va a dar al enfrentamiento entre Prieto y Negrín su especial pugnacidad y trascendencia.

En realidad la toma de control del «Vita» por el combativo dirigente socialista asturiano es esencial para comprender la acre polémica, y batalla política, que mantuvo con su último presidente de Gobierno. En efecto, no solamente los fondos del famoso yate eran de la mayor importancia para potenciar la acción polémica, y política, de Indalecio Prieto, sino que si este último no se hubiera encontrado —por una serie de circunstancias inopinadas— con la posesión del tesoro del «Vita», probablemente no habría existido el pugnaz enfrentamiento con Negrín que dominó la atmósfera política de los primeros meses del exilio, pues la verdad es que el ex-ministro de Defensa Nacional, que se hallaba entonces instalado en México a miles de kilómetros del teatro de operaciones políticas de la inmediata postguerra civil, no tenía seguramente ningún interés, ni en la práctica casi posibilidad, de volver activamente a la arena de combate. Desde este punto de vista puede decirse que el principal malquistamiento que caracterizó los primeros tiempos del exilio tuvo su origen en un «affaire» de carácter económico, dimensión que obviamente tenía entonces una importancia primordial para todos los exiliados; aunque también es justo señalar, no hubiera podido hablarse de un «affaire», o a lo menos no habría dado lugar a la batalla política y al público enfrentamiento personal, si no hubieran existido entre Prieto y Negrín los rencores —sobre todo del primero hacia el segundo— que provenían de la crisis política de abril de 1938.

No vamos ahora a repetir las notas principales que caracterizan la larga batalla parlamentaria, de pasillos, e incluso epistolar, que da lugar a la victoria final de Prieto y a la consiguiente creación de la JARE, pues ya hemos tenido ocasión de exponer en nuestra obra sobre la emigración de la guerra civil las principales coordinadas políticas y económicas de esta importante página de la historia del exilio⁴. Por ello nos vamos a limitar ahora a aludir muy brevemente a la etiología, y a las repercusiones políticas del enfrentamiento.

4 No sólo en nuestra obra (*ECG*, págs. 129-150, 492-496), sino también en la de José María del Valle (*Las Instituciones de la República española en el exilio*, Ruedo Ibérico, París, 1976, págs. 32-44) puede encontrarse una exposición bastante completa y fundamentada de esta destacada batalla política del exilio. Lo que no es óbice para que se sigan publicando con posterioridad obras, de cierta importancia, y notable difusión, que muestran un profundo desconocimiento de este tema, como ocurre con *La oposición de los supervivientes*, de Víctor Alba (Editorial Planeta, Barcelona).

Que el origen de la pugna era la exclusión de Prieto, en abril de 1938, del Gabinete que presidía Negrín, es algo perfectamente diáfano en el famoso *Epistolario Prieto y Negrín*, que se publicó en París en el verano del propio año 1939. Aunque, para ser precisos, si el origen de la discordia se remonta a la crisis de la primavera de 1938, el verdadero catalizador político que hace inevitable el enfrentamiento es la negativa de Negrín, de principios de abril de 1939, para nombrar a Prieto delegado en México del entonces recién nacido SERE, lo que le hubiera dado al dinámico dirigente asturiano un respaldo legal para administrar el tesoro del «Vita» del que había tomado el control unos días antes.

A partir de entonces el enfrentamiento entre ambos líderes socialistas es implacable, total. En las sesiones de la Diputación Permanente, en los epistolarios, en cualquier clase de publicaciones, el radical enfrentamiento se hace patente, sobre todo por parte de Prieto, quien, profundamente dolido por la segunda muestra de desconfianza de su antiguo presidente, no desaprovecha ocasión para lanzar los más envenenados dardos contra Negrín y sus epígonos. A finales del verano de 1939 Prieto publica en París el informe que había presentado el año anterior en Barcelona al Comité Nacional del PSOE en relación con su salida del Gobierno, y, por si el informe en sí mismo no pareciera suficientemente acusatorio para Negrín, lo hace preceder de un prólogo que contiene un virulento ataque al filocomunismo de Negrín. Un prólogo que, a su vez, es objeto de un post-scriptum a mediados de septiembre, cuando acaba de iniciarse la segunda guerra mundial —pero ya había atacado la URSS a Polonia—, en el que acusa a Negrín y a algunos de sus seguidores de no haber dicho ni una palabra condenando el entonces escandaloso pacto germano-soviético en unas manifestaciones que habían hecho en la prensa de París, lo que, en aquellos momentos, equivalía a lanzar un dardo especialmente envenenado contra ellos ⁵.

1978). Por nuestra parte, volvimos posteriormente a dar nuevas precisiones sobre este tema al publicar, por vez primera, el informe de Prieto a la Diputación Permanente de 12 de abril de 1939 («El tesoro del Vita una polémica del exilio republicano», en *Nueva Historia*, Nº 21 y Nº 25, octubre de 1978 y febrero de 1979).

⁵ Este post-scriptum —o «estrambote» por emplear la propia terminología de Prieto— produjo una honda irritación entre los negrinistas. Llegando uno de ellos, el ex-ministro Antonio Velao, a difundir unos meses después en México una carta en la que acusaba a Prieto de delator de compatriotas ante las autoridades francesas y de ser la causa de los registros y detenciones que se realizaron en el SERE de París poco tiempo después. En la nueva edición del informe al Comité Nacional del PSOE que hace Prieto seis meses después en México (editado en *Impresos y Papeles S. de R. L.*, México, 1940), el combativo ex-ministro de Defensa Nacional incluye un nuevo prólogo en el que arremete vigorosamente contra Vicente Uribe —quien también le ha atacado entre tanto— y contra Antonio Velao; pero de modo especial centra su artillería dialéctica sobre este último y sobre Negrín, a quien el lúcido dirigente asturiano ve claramente como mano oculta y dadivosa que mueve los ataques en su contra.

El enfrentamiento es total, hemos dicho, y también definitivo. Prieto no admitirá nunca la reconciliación, lo que traerá no pequeñas consecuencias en la vida política del exilio. Para empezar, Negrín se quedará en Europa, lejos de un México en el que imperan Prieto y la JARE, lo que supondrá, para el que todavía se sigue considerando presidente del Gobierno republicano, un enojoso distanciamiento del centro de gravedad político del exilio unos años después. Pero, sobre todo, la enemistad de Prieto, que se inicia en la crisis de abril de 1938, y que se cristaliza un año después como hemos visto, constituye el factor fundamental que le hace perder en 1945 al distinguido profesor socialista la jefatura del Gobierno en México, pues no es nada aventurado afirmar que si no hubiera habido la oposición terminante del grupo parlamentario de Prieto habría sido designado Negrín, y no Giral, para formar el «Gobierno de la esperanza» del verano de 1945. Desde luego, no intentaremos ahora hacer predicciones de lo que hubiera sucedido si Negrín hubiera llevado la ofensiva internacional contra el régimen de Franco, pues estas clases de conjeturas no entran en la tarea de un historiador, pero permítasenos en todo caso aventurar que la campaña habría tenido, a lo menos, un estilo muy distinto.

3. La marginación de Largo Caballero

Pasemos ahora a ocuparnos de la actitud del otro gran líder socialista, Largo Caballero, en esos oscuros, y difíciles, meses subsiguientes a la terminación de la guerra civil. Una actitud que, sin duda, alcanzó menor repercusión que la de Prieto, pero que en cualquier caso es muy interesante, dada la destacada personalidad del ex-presidente del Gobierno, y, además, muy poco conocida.

Largo Caballero entra en Francia al término de la campaña de Cataluña como un gran vencido. Como un vencido no sólo porque llega con los fugitivos de una derrota militar, sino sobre todo personalmente porque ha sido sometido, perseguido y humillado por sus propios correligionarios que lo han echado del Gobierno, de la Secretaría de la UGT, de la presidencia de la minoría parlamentaria, de la Comisión Permanente, de todo lo que podía representar algún poder. El no someterse de buen grado al desenlace de la crisis de mayo de 1937 había traído, en verdad, larga cola para el primer socialista que había ocupado la presidencia del Consejo de Ministros en España.

La marginación de Largo Caballero no termina, por otra parte, cuando pasa la frontera francesa, pues los mismos que le han sometido en España son los que siguen detentando el poder —o lo que queda de él— en el exilio, y en cuanto a los correligionarios socialistas franceses se hallan por entonces alineados con Negrín, y con la ejecutiva oficialmente reconocida en la Internacio-

nal socialista. El, en otro tiempo, poderoso Secretario de la UGT no tarda en percibirlo. Ni la prensa socialista francesa se digna publicar las rectificaciones que envía en contestación a los ataques que recibe, ni los dirigentes del partido socialista francés atenderán los ruegos que les formula, como él mismo recuerda, amargamente, cuando años después publica sus memorias, o mejor, como él mismo titula, «mis recuerdos»⁶.

Ni que decirse tiene que en estas circunstancias la actitud política del viejo líder socialista tiene pocas ocasiones de manifestarse. Privado incluso de la pequeña —pero entonces insustituible— cámara de resonancia de la Diputación Permanente, Largo Caballero ha de resignarse a expresar sus críticas, sus consejos y sus amarguras en conversaciones y cartas con amigos y fieles correligionarios. De estas últimas, de las cartas, han sobrevivido algunas. Afortunadamente; pues constituyen un testimonio histórico ireemplazable.

La primera carta, cronológicamente, que conocemos es la que el 22 de abril de 1939 le dirige a Cipriano Mera, que se halla entonces internado en el campo de concentración argelino de Boghari⁷. Se trata de un breve texto en el que se contesta a la petición de direcciones de amigos o correligionarios —entonces una tarea primordial de todo internado—, pero que desde un punto de vista histórico-político tiene un interés especial, pues en ella al referirse tangencialmente a los acontecimientos de las últimas semanas de la guerra civil en Madrid, Largo Caballero le dice a Mera: «¿Por qué no se sublevaron mucho antes?», lo que constituye una aprobación explícita del levantamiento militar de Casado que muestra inequívocamente el profundo anticomunismo y antinegrinismo que anidaba entonces el que fue llamado, no mucho tiempo antes, el «Lenin español». Por otra parte esta adhesión a una sublevación en la que participan tan decisivamente los anarcosindicalistas —el destinatario de la carta que comentamos fue el principal valedor de dicho sector— no deja de ser una ironía para quien, como presidente del Gobierno, hubo de reprimir vigorosamente a los anarquistas en los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona.

6 Nos referimos a la obra *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, que escribió Largo Caballero al término de la guerra mundial, y de su cautiverio; esta obra ha sido objeto de dos ediciones en México (Ediciones Alianza, 1954, y Ediciones Unidas, 1976) que son bastante conocidas en España. Aunque en ellas se dan no pocas precisiones respecto a la actitud de su autor en los años 1939 y 1940, su interés y fiabilidad para este periodo de la inmediata postguerra es muy inferior al de las cartas, apenas conocidas, que publica en París en 1940, en una edición muy restringida, sin pie de imprenta, bajo el título *¿Qué se puede hacer? Cartas a varios amigos donde se examinan las posibilidades de los españoles en la emigración*. De este opúsculo (*passim*), que llamaremos en lo sucesivo simplemente *Cartas a varios amigos*, proceden las citas y párrafos que se reproducen más adelante.

7 La carta la reproduce, en facsímil, Cipriano Mera en su *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, Ruedo Ibérico, París, 1976, pág. 293.

De todos modos, las informaciones más importantes sobre la actitud y sentimientos de Largo Caballero en los oscuros y difíciles tiempos de refugiado en Francia, se encuentran en las *Cartas a varios amigos* que antes hemos citado. Se trata, cierto es, de una recopilación de tan sólo un puñado de cartas, escritas, quizá, más como un desahogo personal que con el ánimo de perfilar una doctrina o postura política, pero que no por ello dejan de tener un evidente interés histórico; independientemente de que algunos párrafos son singularmente elucidativos de la atmósfera que se respiraba entonces entre destacados dirigentes del exilio. Veamos los puntos más salientes.

El tono de todas las cartas es áspero, agresivo. Hay una amargura, un sentimiento de frustración, que transpira constantemente, y, desde luego, tanto Negrín como Prieto, los dos ministros socialistas que colaboraron en su defenestración política de mayo de 1937, son objeto en numerosas ocasiones de duros juicios y calificaciones. Ya en la primera carta, de esta recopilación, la que escribe a Hernández Zancajo el 23 de agosto de 1939, hace varias despectivas alusiones a ambos ex-ministros socialistas; pero es sobre todo en su carta de 20 de noviembre a José Bullejos donde el viejo líder socialista afila su pluma centrando los ataques, curiosamente, en Prieto, quien poco antes había publicado su informe al Comité Nacional del PSOE precedido del prólogo que ya hemos examinado, lo que constituye para Largo Caballero «un autorretrato del cinismo, cobardía y complicidad de su autor», es decir, de Prieto.

Y, por si no fuere suficiente, el autor del epistolario se extiende aún en largos párrafos en los que acusa sañudamente a su antiguo ministro de Marina y Aire de las más turbias confabulaciones con comunistas y «comunistoides», sobre todo con ocasión de la crisis de mayo de 1937. Evidentemente, dos años después, esta herida seguía abierta y sangrante.

4. Araquistáin frente a Negrín

Claro es que esta pervivencia del rencor del antiguo presidente del Consejo de Ministros por su defenestración política de dos años antes es relativamente conocida. En cambio, mucho más ignorado resulta lo que nos relata Largo Caballero en la primera de las dos cartas citadas, respecto del temprano intento realizado por Araquistáin para tratar de arrebatar a Negrín el control de los cuantiosos fondos que había situado el Gobierno republicano en el extranjero.

Estamos en la segunda semana de marzo de 1939. Negrín y sus ministros han huido de la zona Centro-Sur tras el golpe de estado de Casado y se hallan ya en Francia. La Diputación Permanente se ha reunido el día 7, pero, falta de informaciones, y sin que Negrín se haya dignado comparecer, se limita a auto-proclamarse el supremo tribunal ante el que todos los dirigentes habrán de

rendir sus cuentas. El yate «Vita», con un precioso cargamento, zarpa por esa época rumbo a Veracruz, aunque esto sólo lo saben entonces muy pocas personas. Lo que sí saben muchos, en cambio, es que Negrín ha conseguido situar en el extranjero importantes sumas de dinero y lo que desean, también muchos, es que no sea el maquiavélico profesor y dirigente socialista quien haga el reparto. La legitimidad del Gobierno de Negrín —con una Junta en Madrid que ha sido calificada de «Gobierno» por la Diputación Permanente— está en entredicho ante numerosos sectores anticomunistas del exilio.

En estas circunstancias uno de los más destacados dirigentes socialistas, y además, entonces, profundamente antinegrinista, tiene la iniciativa de promover un escrito colectivo de notables exiliados dirigido a Martínez Barrio, como último presidente de las Cortes Españolas, para constituir una Junta que requiriera a «lo que fue Gobierno español llamado de Negrín» a que rindiera cuentas de su actuación tanto desde un punto de vista político como económico, pues dicha Junta era, además, la que habría de administrar los bienes de los españoles en el exilio. Para llevar a cabo la recogida de firmas Araquistáin —pues éste era el incisivo dirigente socialista que tuvo tal iniciativa— había movilizado a Mariano Gómez, quien, por haber sido el último presidente del Tribunal Supremo de la España republicana, encarnaba, a sus ojos, la representación más independiente y aséptica del exilio desde un punto de vista político.

Mariano Gómez se presentó el 12 de mayo a Largo Caballero, quien firmó muy gustoso el escrito, pues tal petición de cuentas respondía muy fielmente al espíritu vindicativo que entonces animaba al famoso líder socialista. Sin embargo, la iniciativa no prosperó, pues la mayor parte de las personas invitadas a firmar no lo hicieron, según nos informa el propio Largo Caballero en su carta a Hernández Zancajo. Y si el autor de esta carta se limita en ella a añadir que «no creo costaría mucho trabajo en descubrir las "razones" que hubo para la negativa», nosotros podemos ser ahora más explícitos y aclarar que esas "razones", que entrecomilla Largo Caballero, fueron las eficaces «presiones» que con ayuda de sus poderosos recursos económicos empezó por entonces a ejercer el doctor Negrín entre los medios más destacados del exilio para constituir, no la junta administradora neutral que deseaba Araquistáin, sino otra muy distinta, totalmente controlada por los incondicionales del dirigente canario; es decir, el SERE.

El epílogo de esta punzante iniciativa del ex-director de *Leviatán* tuvo lugar unas semanas después, en París, en las reuniones de la Diputación Permanente de 31 de marzo y 1 de abril.

En ellas, Araquistáin se bate denodadamente para que se nombre una comisión ante la que deberán «rendir cuentas» todos los que han administrado fondos de la República española. Pero esta propuesta, que era sustancialmente la que desde los Estados Unidos había hecho también Fernando de los Ríos, no

se abre paso. Negrín recibe el apoyo mayoritario para comparecer como presidente del Consejo de Ministros y para seguir adelante con el SERE. Para Araquistáin esto es demasiado; tres días después escribe una carta a Martínez Barrio, «como presidente de nuestras fantasmagóricas Cortes republicanas», renunciando a seguir participando en la Diputación Permanente, o, según sus propias palabras, en «ese cónclave mortuario»; sin que las expresiones reproducidas sean las más mortificantes empleadas por Araquistáin, pues se trata, en verdad, de una de las cartas más feroces que ha producido la vida política española de todos los tiempos⁸.

5. La multiplicación de las querellas

La correspondencia de Largo Caballero a la que nos venimos refiriendo es, además, de interés desde otro punto de vista. Aludimos ahora a que —como antes insinuamos— es un espejo que nos permite percibir con gran fidelidad la sensación de derrota, de desánimo, de desesperanza, que dominaba en la época a tantos prohombres de la España republicana.

Las cartas del viejo líder socialista —la edad probablemente incide también en este aspecto— no son como las de Prieto, o las de Negrín, en las que domina la tensa pugnacidad sobre cualquier otro sentimiento; ni siquiera son como las que por entonces escribe Azaña, en las que el voluntario aislamiento de las pequeñas intrigas de los emigrados y la hondura que frecuentemente tienen sus reflexiones las eleva sobre las tristezas y desencantos del momento. Las cartas de Largo Caballero reflejan, mucho más a ras de tierra, la amargura y la desesperanza que produce el ver día a día la descomposición creciente de lo que han sido una organización sindical, un partido político y una concepción del Estado por los que se han luchado toda una vida.

Veamos a continuación unos expresivos párrafos de la carta con la que Largo Caballero contesta a la que le dirigió José Bullejos el 12 de noviembre de 1939, en la que este último le proponía una acción de los diputados de la minoría socialista en favor de los militantes de base:

⁸ Desde luego, los ataques que se hacen en esta carta al presidente del último Gobierno republicano son durísimos, pues, entre otras lindezas, afirma que «Juan Negrín es el hombre de gobierno más funesto e irresponsable que ha tenido España desde hace muchos siglos». Es curioso que esta carta, que alcanzó notable repercusión en la época (fue difundida en París por la agencia de prensa «Independent News») no ha tenido apenas eco en los historiadores, aunque constituye, con el famoso epistolario de Prieto y Negrín, una de las piezas capitales para comprender la meteorología política ambiental de los primeros tiempos del exilio.

«El amigo Wenceslao Carrillo también me ha escrito hablándome de la conveniencia de constituir una junta, comité, o lo que sea, para estar en relación con los refugiados y me preguntaba si yo aceptaría figurar en la candidatura. Le he contestado que no; no porque voluntariamente trate de ponerme al margen de los problemas, como algunos, erróneamente, pueden suponer, sino porque constituiría un enorme fracaso y, la verdad, bastante hemos sufrido para que ahora nos organicemos nosotros, conscientemente, otro. Expondré algunas razones para que no se crea que me niego por sistema.

Los españoles, como los ciudadanos de otros países, tenemos virtudes y defectos, pero queremos presumir ocultando las primeras y exhibiendo, ostensiblemente, con todas nuestras energías los segundos, y entre éstos hay uno, especial, que lo hemos heredado de nuestros abuelos y de nuestros padres, herencia a la cual por nada ni por nadie renunciamos: es el espíritu divisionista y caciquil. La unidad geográfica, espiritual y religiosa que nos han dicho que realizaron Isabel la Católica y su marido Don Fernando es una fábula de Samaniego para entretener a los chicos de la escuela. Lo cierto es que cada uno nos consideramos con genio suficiente, por lo menos, para ser cabeza de ratón.

No podemos soslayar los hechos y éstos nos demuestran que en la emigración nos encontramos con lo siguiente: Un Gobierno llamado de Negrín; un Gobierno de Cataluña; un Gobierno vasco y una Junta de Defensa Nacional.

Existe una Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español llamada de Lamonedá, y otra que se nombró en Madrid, cuyos miembros, residentes en el exilio, son Pascual Tomás, Wenceslao Carrillo y Trifón Gómez. Hay una Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores de España con el sobrenombre de «la Ejecutiva de la escalera» y hay quien pretende resucitar otra que se constituyó en Valencia con el beneplácito de Rodríguez Vega.

Tenemos un Comité Nacional de las Juventudes Socialistas en Orán y, al mismo tiempo, el titulado Secretariado de las Juventudes dirigido por Lamonedá y que ambas organizaciones se están disputando la hegemonía de la dirección.

Por ahí se mueren algunos Comités de Federaciones de Industrias y, además, se resucitan comités locales y regionales.

Tenemos el lujo de disfrutar dos minorías socialistas parlamentarias, con sus correspondientes directivas, regentadas, una, por Lamonedá, y otra por Amador; como éste se ha marchado, supongo le sustituirá Enrique de Francisco, por derecho propio.

Disfrutamos, además, el SERE, que tiene como dueño y señor a Negrín y la JARE, por obra y gracia de Indalecio Prieto; y si le parece poco aún nos queda la célebre Diputación Permanente, que, según dicen los juristas, como Prieto, es la verdadera y única representación de España en el extranjero.

Todos estos tinglados y tingladillos se han erigido en los "genuinos" representantes de todos o de parte de los refugiados españoles y nadie depone, o renuncia, sus supuestos títulos representativos, que, a mi juicio, caducaron o prescribieron al refugiarnos todos en el extranjero; pero lo cierto es que esto hace que los refugiados giren alrededor de los organismos dichos y que los tengan divididos, no habiendo podido hacer una organización un poco eficaz. Un nuevo organismo aumentaría el confusionismo, la división y la desorientación, porque supongo que nadie pensará en la posibilidad de dar de lado a todo eso y quedarse dueños de la situación»⁹.

Difícilmente podrán encontrarse en los escritos de la época unos párrafos que condensen tan expresivamente la honda desmoralización, y aun atomización, que produjo la derrota y el destierro en las minorías dirigentes de uno de los partidos políticos, como el socialista, que cuenta entre los de mayor raigambre y cohesión que ha tenido nunca España.

6. Una nota de conciliación

Aunque este cuadro de querellas y desavenencias políticas es, inevitablemente, el que domina en los altos cuadros de mando de los exiliados, no sería justo terminar esta panorámica de tan penoso período sin recordar, siquiera sea fugazmente, que junto a los grandes tenores en desacuerdo no dejó nunca de haber otros dirigentes que trataron tenazmente de que la voz de la cordura y del buen sentido se impusiera.

Entre este benemérito grupo de políticos, también socialistas, uno de los casos más distinguidos fue el de José Prat, subsecretario de la Presidencia del Gobierno hasta el final de la guerra civil, quien ya en los meses siguientes a la violenta salida de Prieto del Ministerio de Defensa Nacional trató porfiadamente de realizar una reunión reconciliatoria, como recuerda el propio Prieto en su famoso epistolario con Negrín. Fue, sin embargo, en los difíciles prime-

⁹ El texto completo de esta carta, fechada en París el 20 de noviembre de 1939, se halla en *Cartas a varios amigos*, págs. 20-24.

ros tiempos del exilio en Francia, en esos meses en los que la feroz pugna entre los dos grandes líderes domina el panorama político, cuando Prat muestra, calladamente, a su propia costa, su irrenunciable talante de hombre de concordia.

Pero mejor que nuestras palabras de hoy son las que en el propio verano de 1939 —cuando Prat se marcha a Colombia, donde vivirá treinta y ocho años— le dedica la revista que los socialistas españoles publican entonces en París ¹⁰:

«Aun contando con la seguridad de que este camarada no ha de romper con su Partido —cuya delegación lleva a Colombia— y con "Norte" los lazos de una efectiva solidaridad, no podemos ocultar el hondo pesar que nos produce su ausencia. Al fin y a la postre deja quien lleva —como dijo el poeta— y no es ciertamente fácil sustraerse al recuerdo de las condiciones de bondad, de humanidad entrañable y de concordia que alentaron, siempre, en este camarada.

En momento de pasiones desbordadas, como el presente, aquellas calidades humanas han podido hacer víctima a quien las ostentaba. Prat, que ha sufrido y sufre como pocos ante las discordias internas de los socialistas, puso sus mejores esfuerzos por imponer la concordia. La falta de éxito en su intento no resta nobleza al propósito».

¹⁰ «Norte», agosto de 1939, pág. 16. Esta revista, aunque se titulaba «Revista Ibero-Americana», era en realidad una publicación que hacían desde la primera hasta la última página (e incluido el suplemento satírico que se titulaba «El Murciélago»), los socialistas negrinistas de París.